

BEST SELLER de THE SUNDAY TIMES



# UNA BORRACHERA CÓSMICA

*Una historia universal del placer de beber*

MARK FORSYTH

*Ariel*

Mark Forsyth

# Una borrachera cósmica

Una historia universal del placer de beber

Traducción de Constanza Gutiérrez

*Ariel*

Título original:  
*A Short History of Drunkenness*

Primera edición: octubre de 2019

© 2017, Mark Forsyth  
© 2017, Viking Penguin Random House UK  
© 2019, Constanza Gutiérrez, por la traducción

© 2019, Editorial Planeta Chilena S. A.  
Av. Andrés Bello, 2115, 8.º piso, Providencia, Santiago de Chile

© 2019, Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3133-1  
Depósito legal: B. 16.633-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado  
como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación  
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,  
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,  
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados  
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual  
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Índice

<i>Introducción</i> .....	9
1. Evolución .....	15
2. La prehistoria de la bebida .....	25
3. Los bares sumerios .....	31
4. El antiguo Egipto .....	43
5. El <i>symposium</i> griego .....	55
6. Beber en la antigua China .....	65
7. La Biblia .....	73
8. El <i>convivium</i> romano .....	81
9. La Edad Oscura .....	93
10. Beber en Oriente Medio .....	101
11. El <i>sumbl</i> vikingo .....	115
12. La casa de <i>ale</i> medieval .....	125
13. Los aztecas .....	137
14. La moda del gin .....	143
15. Australia .....	159
16. El <i>saloon</i> del lejano Oeste .....	171
17. Rusia .....	189
18. La ley seca .....	199
<i>Epílogo</i> .....	213
<i>Agradecimientos</i> .....	217
<i>Bibliografía</i> .....	219

## Evolución

*Debemos recordar que las leyes de la naturaleza  
son generalmente juiciosas,  
y en todas partes, por alguna buena razón,  
se encuentra algo de alcohol.  
Hay alcohol en la planta y en el árbol,  
debe ser el plan de la naturaleza  
que deba haber en el hombre, en un grado justo,  
un poco de alcohol.*

A. P. HERBERT (1956)

Antes de ser humanos, fuimos bebedores. El alcohol existe naturalmente y siempre ha sido así. Cuando comenzó la vida, hace 4.000 y pico millones de años, ya había microbios de una sola célula nadando felizmente en el caldo primordial, bebiendo azúcares simples y excretando etanol y dióxido de carbono. Básicamente, estaban meando cerveza.

Por fortuna, la vida progresó y tuvimos árboles y frutas, y la fruta, si se la deja pudrir, se fermenta de manera natural. La fermentación produce azúcar y alcohol, y las moscas de la fruta la buscan y la engullen. No se sabe bien si las moscas de la fruta se emborrachan de una manera comprensible para los humanos; lamentablemente, están incapacitadas para hablar, cantar o conducir automóviles. Todo lo que sabemos es que si los requiebros románticos de una mosca de la fruta macho son despreciados por una cruel y desdeñosa hembra, su consumo de alcohol aumenta drásticamente.

Por desgracia para los animales, el alcohol no aparece de forma natural en las cantidades necesarias para montar una fiesta como es debido. Bueno, a veces sí. Hay una isla de Panamá donde el mono aullador de manto puede divertirse felizmente con el fruto caído del *Astrocaryum* (4,5 por ciento de volumen de alcohol). Entonces se vuelven desordenados y ruidosos, luego se adormecen y tropiezan y a veces se caen de los árboles y se lastiman. Si hacemos la equivalencia entre el alcohol que toman y su peso, son capaces de ingerir el equivalente a dos botellas de vino en treinta minutos. Pero son un caso raro. Para la mayoría de los animales no hay alcohol suficiente para emborracharse, a menos que un amable científico te atrape, te meta en un laboratorio y te atiborre.

Los animales borrachos son bastante divertidos y uno no puede evitar imaginar que los científicos que gastan su tiempo preparando experimentos cuidadosamente para ver cómo afecta el alcohol a los cerebros y el comportamiento de nuestros primos cuadrúpedos están riéndose entre dientes todo el tiempo. ¿Qué sucede cuando le das una bebida alcohólica a una rata, o incluso un suministro ilimitado? ¿Qué pasa si le das una barra libre a una colonia entera de ratas? Son bastante civilizadas, de hecho, pero no durante los primeros días. Durante los primeros días se vuelven un poco locas, pero luego la mayoría de ellas se asientan y beben solo dos tragos al día: uno justo antes de comer (el que los científicos llaman «la hora del cóctel») y otro justo antes de dormir («la última copa de la noche»). Cada tres o cuatro días hay un aumento en el consumo de alcohol porque todas las ratas se reúnen para celebrar sus pequeñas fiestas de rata. Todo suena idílico, y serías perdonado por desear haber nacido rata, pero debes recordar dos cosas: primero, no todas ellas tienen tanta suerte como para ser llevadas a un laboratorio y, segundo, hay un lado oscuro en la embriaguez de los roedores. Las colonias de ratas suelen tener un macho dominante, el Rey Ratón. El

Rey Ratón es abstemio; el consumo de alcohol es mayor entre los machos de menor estatus. Beben para calmar los nervios y olvidar sus miedos. Beben, al parecer, porque son unos fracasados.

Y este es uno de los mayores problemas al estudiar la borrachera animal. Es tan estresante ser encerrado, pinchado y empujado, que los pobres tontos tomarán cualquier bebida alcohólica que les des. Y, para ser justos, funcionaría igual si fuera al revés. Si yo fuera capturado por un grupo de orangutanes y estos me arrastraran al dosel de la selva de Borneo y me dieran martinis secos, probablemente me los bebería, sobre todo porque me dan miedo las alturas.

Así que los científicos tienen que encontrar sutiles formas de darles alcohol a los animales sin que estos se alarmen. Esto es cierto sobre todo en el caso de los elefantes, porque nadie querría alarmar a un elefante borracho bajo ninguna circunstancia. Se vuelven violentos. Hubo un caso en la India, en 1985, en el que una manada de elefantes se las arregló para entrar en una destilería, y la cosa no terminó muy bien. Había ciento cincuenta elefantes y todos se emborracharon, riñeron y armaron un buen alboroto. Echaron abajo siete edificios de hormigón y pisotearon a cinco personas, a las que mataron. Francamente, un solo elefante borracho es demasiado; ciento cincuenta es del todo problemático.

Uno puede hacer estas cosas de una manera mucho más controlada en una reserva de vida salvaje. Cargar un par de barriles de cerveza en la parte trasera de una camioneta, conducir hasta algún lugar cercano a los elefantes, quitar las tapas y dejarlos que den un sorbo. Por regla general, hay algún que otro empujón, y los elefantes mayores beben la mayor parte de la cerveza. Luego puedes observarlos tropezar y quedarse dormidos y todo es bastante divertido. Pero incluso esto puede salir mal. Un científico que permitió que un toro dominante se enfadara demasiado, de pronto se vio obligado a intervenir en una pelea entre un elefante que estaba como una cuba y un rinoceronte. Habitualmente, los

elefantes no atacan a los rinocerontes, pero la cerveza los vuelve agresivos.

Es mucho más seguro dedicarse a las hormigas. Acostumbraba a haber una teoría que decía que las hormigas tenían contraseñas. Las hormigas viven en colonias y no dejan que ningún extraño de otras colonias entre en la suya. Esto plantea el interrogante de cómo saben quién es quién. La teoría de la contraseña era un poco extraña, pero fue razonablemente popular entre naturalistas victorianos caprichosos hasta que fue completamente desbaratada por sir John Lubbock, primer barón de Avebury, quien llevó a cabo algunos experimentos en la década de 1870:

Se ha sugerido que las hormigas de cada hormiguero tienen algún signo o contraseña por la que se reconocen unas a otras. Para probar esto, volví insensibles a algunas. Primero lo intenté con cloroformo, pero era fatal para ellas, y consideré que esta prueba no era satisfactoria. Decidí intoxicarlas con alcohol. Esto fue menos fácil de lo que imaginé. Ninguna de mis hormigas quiso degradarse voluntariamente emborrachándose. Sin embargo, superé esta dificultad sumergiéndolas momentáneamente en whisky. Tomé cincuenta especímenes, veinticinco de un hormiguero y veinticinco de otro, y los dejé muertos de borrachos. Hice una marca de pintura en cada uno de ellos y los puse en una mesa en la que otras hormigas de uno de los nidos estaban comiendo. La mesa estaba rodeada por el habitual foso de agua para evitar que los insectos se alejasen. Las hormigas que estaban comiendo no tardaron en percatarse de aquellas otras a las que yo había emborrachado. Parecían bastante asombradas de encontrar a sus camaradas en una situación tan deshonrosa y tan perdidas respecto a qué hacer con sus propios borrachos tal como nos ocurre a nosotros. Después de un rato, sin embargo, para resumir, las cogieron a todas y las llevaron lejos: las extrañas fueron arrastradas al borde del foso y lanzadas al agua, mientras que sus amigas fueron conducidas al hormiguero, donde durmieron bajo los efectos espirituosos. Por lo tanto, es evidente que las hormigas



reconocen a sus amigas incluso cuando estas no pueden dar ninguna señal o contraseña.

Esto puede sonar tonto y extravagante, pero las semejanzas entre la embriaguez humana y la animal realmente influyeron en los grandes avances de la biología victoriana. Charles Darwin pensó que los simios borrachos eran divertidos —y lo eran—, pero también que eran significativos. Le fascinaba escuchar cómo había que cazar un babuino:

Los nativos del noreste de África atrapan a los babuinos dejándoles por ahí recipientes con cerveza fuerte, con lo que los emborrachan. [Un zoólogo alemán] observó a algunos de estos animales en este estado, a los que mantuvo encerrados, y él nos ofrece un gracioso informe de sus comportamientos y sus extrañas muecas. A la mañana siguiente estaban muy confundidos y tristes, sostenían sus doloridas cabezas con las dos manos y tenían la más lamentable de las expresiones: cuando se les ofrecía cerveza o vino, se daban la vuelta con disgusto, pero disfrutaban de una limonada. Un mono americano [mono araña], después de emborracharse con brandi, no volvió a tocar este licor nunca más, siendo así más sabio que muchos hombres. Estos hechos insignificantes prueban cuán similares deben ser los nervios que controlan el gusto de monos y humanos.

Si monos y humanos reaccionan igual a las resacas, pensó Darwin, deben estar emparentados. Esta no fue su única prueba, pero fue un comienzo, y es también la precursora de una teoría mucho más reciente sobre nuestro linaje peludo.

## LA HIPÓTESIS DEL MONO BORRACHO

Los humanos estamos diseñados para beber. Somos realmente buenos para eso. Mejores que cualquier otro mamífero, excepto quizá la musaraña de Malasia. Nunca compitas

con una musaraña malasia por quién puede beber más o, si lo haces, no dejes que te insista en que ajustes por el peso corporal. Ellas pueden ingerir nueve copas de vino y no por eso ser las más borrachas de la fiesta. Esto es así porque evolucionaron para sobrevivir en néctar de palma fermentado. Durante millones de años la evolución ha estado seleccionando naturalmente a las musarañas con más resistencia al alcohol y ahora son las campeonas.

Pero nosotros somos iguales. Evolucionamos para beber. Hace diez millones de años nuestros ancestros bajaron de los árboles. Por qué ocurrió no está del todo claro, pero puede que lo hicieran buscando la hermosa fruta madura que se encuentra en el suelo. Esa fruta tiene más azúcar y más alcohol, así que desarrollamos olfatos que pudiesen oler el alcohol a distancia. Esa era la señal que nos guiaba hacia el azúcar.

Esto nos lleva a lo que los científicos conocen como el «efecto aperitivo». El sabor del alcohol, el olor del alcohol, nos produce hambre. Si lo piensas, es un poco extraño. El alcohol contiene un montón de calorías, entonces ¿por qué consumir algunas calorías haría que quisieras más?

La gente te dirá que un poco de ginebra con tónica estimula el sistema digestivo, pero eso no es verdad. Podrías administrar el alcohol por una sonda intravenosa y conseguirías el mismo efecto. Tampoco es que las personas que están a dieta pierdan el control sin más. El alcohol activa en el cerebro una neurona en particular,\* que te da un hambre terrible. Es la misma neurona que se dispara cuando te estás muriendo de hambre *realmente*. Y esto es de una lógica aplastante para alguien de hace diez millones de años: estás revolcándote en el suelo, en el bosque, tal vez sintiendo cierta nostalgia por las copas de los árboles, cuando de pronto hueles algo agradable: fruta pasada. Sigues el aroma y en-

\* La neurona hipotalámica AgRP, para ser precisos, aunque realmente no tengo idea de lo que es.

cuentras un gran melón, o lo que sea. Es más de lo que puedes comer cómodamente en una sola sentada, pero lo harás de todas maneras. Puedes almacenar todas esas calorías como grasa, y quemarla después. Así que ahora tienes un sistema de retroalimentación: cada bocado te proporciona un poco de alcohol, que va directo a tu cerebro y te hace sentir cada vez más hambriento, así que comes más y eso hace que quieras comer más y, como resultado, quinientas mil generaciones después, tu descendiente, tambaleándose desde el pub hacia su casa, decide que mataría por un kebab.

Pero volvamos diez millones de años atrás. El alcohol nos llevó hacia nuestra comida, el alcohol nos hizo querer comer nuestra comida, pero entonces necesitamos procesar el alcohol, porque de otra manera nos convertiríamos en comida para alguien más. Ya es bastante difícil luchar con un depredador prehistórico cuando estás sobrio, pero intentar darle a un tigre dientes de sable cuando estás borracho es una pesadilla.

Y ahora que le hemos cogido el gusto, necesitamos —evolutivamente— desarrollar un mecanismo de supervivencia. Hubo una mutación genética en particular que nos hizo procesar el alcohol casi tan bien como la musaraña malasia. Tiene que ver con la producción de una enzima específica.\* Los humanos (o los ancestros de los humanos) de repente tuvieron la capacidad de beber mucho más que todos los demás simios. El 10 por ciento de la maquinaria enzimática del hígado de un humano moderno está dedicada a convertir el alcohol en energía.

Pero hubo un avance final que es el más importante de todos para nosotros: cómo bebemos. Los humanos bebemos socialmente. Ofrecemos alcohol a nuestro grupo. Nos ponemos todos cariñosos y les decimos a los demás que son nuestros mejores amigos y que los queremos mucho

\* Alcohol deshidrogenasa de clase IV con etanol activo ( $\text{ADH}_4$ ), para ser precisos, aunque tampoco tengo la más mínima idea de lo que es.

y todas esas chorradas. Lo más interesante de la hipótesis del mono borracho es que es todo programación evolutiva. Disfrutamos el alcohol porque es nuestra recompensa por haber ingerido todas esas calorías. Compartimos con nuestro grupo porque, para los simios, es lógico alimentar a sus familias y su manada. Bebemos juntos porque nos provee protección de los depredadores. Un solo humano borracho es una presa fácil, pero veinte humanos borrachos harían que el más hambriento de los tigres dientes de sable se lo pensara dos veces.

Ahora, esa última es la parte más especulativa de la teoría, pero resulta bastante convincente. Los humanos somos los campeones de los borrachos y la hipótesis del mono borracho nos explica por qué. Sin embargo, debo señalar que no todos los biólogos están de acuerdo. Incluso hay quienes creen que lo de la evolución es una tontería y que, en cambio, fuimos creados por una benevolente deidad. Creacionistas y evolucionistas tienen una incivilizada tendencia a pelearse, pero sus distintos trayectos tienen un mismo destino. Sabido es que Benjamin Franklin, padre fundador de Estados Unidos, observó que la existencia del vino era una «prueba de que Dios nos ama y quiere vernos felices». Pero en la misma carta hizo una significativa observación sobre anatomía humana:

Para reafirmar aún más tu piedad y gratitud con la Divina Providencia, reflexionemos sobre la situación que se le ha dado al *codo*. Puedes ver, en los animales que están destinados a beber las aguas que corren sobre la tierra, que si tienen piernas largas, poseen también un cuello largo, y así pueden obtener su bebida sin arrodillarse. Pero el hombre, que estaba destinado a beber vino, fue hecho de manera que puede levantar la copa hasta su boca. Si el codo hubiese sido puesto más cerca de la mano, la parte anterior hubiese sido demasiado corta para llevarse el vaso a la boca, y si hubiese estado más cerca del hombro, esa parte habría sido tan larga que cuando hubiese intentado llevarse el vino a la boca, se habría ido más

allá de la cabeza... Pero gracias a la situación real del codo estamos capacitados para beber a gusto, y llevarnos el vaso directamente a la boca. Permítannos, entonces, con una copa en la mano, adorar esta sabiduría benevolente. ¡Permítannos adorar y beber!

Asimismo, Franklin argumentó que el diluvio de Noé tenía la intención de castigar a la humanidad por beber agua, al tratar de ahogarnos en ella. Pero con independencia de como lo veas —evolución o divinidad—, lo cierto es que estamos diseñados para beber.